

PARA PROFUNDIZAR EN LA FICHA 9**9. Imitar a Dios: brota en nosotros el deseo de ser como Él**

«La experiencia del perdón, la experiencia de la misericordia que cambia los rasgos de nuestra vida nos lleva a desear hacer el bien» (ficha n. 9). El testimonio de Carlo Castagna que publicó hace algunos años Tracce nos ayuda a entender que el perdón no es el resultado de un esfuerzo heroico, sino algo que nace dentro de una historia de bien que uno ha recibido.

Así es como he descubierto la fuerza del perdón*

Su mujer Paola, su hija Raffaella y su nieto Youssef. CARLO CASTAGNA los perdió una noche de 2006, víctimas de la locura de unos vecinos. Le hemos preguntado qué ha cambiado desde entonces. Nos ha respondido hablando de fe, de trabajo, de oración. Y de una alegría inesperada, más fuerte que la desesperación. «Porque donde abunda el dolor sobreabunda la gracia. Y yo lo he visto...»

El 11 de diciembre de 2006, en el piso de un edificio rehabilitado en el centro de Erba, Paola, Raffaella y Youssef, de dos años, son asesinados a puñaladas por unos vecinos, el matrimonio compuesto por Olindo Romano y Rosa Bazzi. Los cuerpos son además quemados. En la huida los asesinos se cruzan por las escaleras con otro matrimonio del edificio: Valeria Cherubini recibe una puñalada mortal en el cuello mientras que su marido, Mario Frigerio, se salva porque creen que está muerto. Será precisamente él, al despertarse del coma, el que revele el nombre de los asesinos. Los tres años que dura el proceso demuestran que la masacre, premeditada, tiene motivos banales. Envidias. Rencores. Quizá un punto de psicosis. Ambos son condenados a cadena perpetua. Y sin embargo aquella noche –frente al vértigo de esa masacre– Carlo Castagna elige el camino del perdón. Un perdón que cuatro años después no ha disminuido.

No conoce todavía los nombres de los asesinos, los focos de los telediarios, de la prensa y de los investigadores se centran sobre usted y usted ya dice: «Perdón». ¿Por qué?

No soy yo el que ha decidido perdonar. Yo soy un pobrecillo, ¿qué perdón podría conceder yo? Aquel día, por como es, Carlo Castagna habría empleado un fusil para arreglar las cosas. En cambio no fue así, ha sido una gracia. Me ayudó mamá Lidia, la madre de Paola. Nada más producirse la masacre, corrí a ella. Ya lo sabía todo, los nietos le habían informado. Me abrazó y me dijo: «Carlo, Carlo... tenemos que pedir al Señor el valor para extender también nosotros nuestros brazos en la cruz». Pues bien, el perdón nace de ahí. Podía incubar odio toda la vida, buscar la venganza. Y sin embargo yo también soy un miserable, yo también me equivoco. Pero, como dice mamá Lidia, ¿cómo habría podido recitar de nuevo el *Padrenuestro* sin haber perdonado a los asesinos?

El suyo es un perdón que produce escándalo enseguida. Es algo que no se comprende, muchos lo señalan como una reacción sentimental del momento. ¿Qué dice usted, cuatro años después?

¡Pero qué va a ser una reacción del momento! Ya lo he dicho antes, Carlo Castagna habría reaccionado de otro modo. Sea como fuere... el perdón permanece todos los días en las pequeñas cosas. Nosotros somos una familia sencilla, cristiana, con un sentido del bien y del mal. Además mi fe maduró en el matrimonio con Paola: el rezo diario de laudes, la misa, el sacramento de la confesión. Son cosas que no faltaban y no faltan en nuestra vida. He crecido a la sombra del campanario: mi abuela Eufemia se sabía de memoria todas las oraciones en latín. Quizá no sabía todo lo que decía, pero tenía una fe grande y sólida. Y luego los sacerdotes y las monjas que siempre me han acompañado. Pienso en don Giovanni, que es una persona estupenda, y en otros amigos a los que veo cotidianamente. Frecuentemente vamos a comer juntos, y en la mesa salen conversaciones profundas y preciosas. Dos días después de la tragedia volvía ir a misa todas las mañanas. Le dije a mis dos hijos: desde mañana me presento en el trabajo las nueve. Antes voy a misa. Y así hago hasta el día de hoy. Pero el verdadero sostén de mi vida ha sido Paola, la Paoletta... »

* Carlo Castagna, «Cosi ho scoperto la forza del perdono», entrevista a cargo de M.A. Simi, Tracce, n. 7/2010, pp. 52-55.

» Nos hablaba de una fe que había madurado en el matrimonio...

En todos los años que hemos pasado juntos hemos vivido muchas dificultades. Pero aunque ella estuviera turbada no se derrumbaba nunca. Cuando Raffaella decidió empezar una relación con Azouz, este chico tunecino que no se sabe muy bien de dónde había salido, fue un gran dolor para nosotros. Sabíamos que no estaba muy allá, y uno para la hija desea siempre lo mejor, ¿no? Sin embargo, Paola me recordaba siempre el papel de la Providencia. «Carlo, estate tranquilo, ya se ocupará la Providencia», me decía. A mí me hervía un poco la sangre porque, ya se sabe, como padre... Pero las mujeres lo guardan todo dentro, en el corazón, sufren mucho más. Una vez, mientras rezábamos laudes, Paola se puso a llorar. Raffaella le acababa de decir que se iba casar con Azouz. Tratamos de razonar con nuestra hija, pero sin éxito. Después de estar con ella, que no se avenía a razones, fuimos a la iglesia a arrodillarnos para la adoración nocturna. Así era Paola. Luego los periódicos han dicho de todo: que mi mujer y yo nos habíamos alejado de Raffaella a causa de sus decisiones y muchas otras maldades. No hay nada de verdad en ello. Rezábamos todos los días por ellos y los confiábamos a la Virgen.

Un mes después de la tragedia salen a la luz los nombres de los responsables. Se trata de unos vecinos. El 26 de noviembre de 2008 el Tribunal de Como les condena a cadena perpetua, sentencia que confirma nuevamente el 20 de abril de 2010 el Tribunal de apelación de Milán. Las imágenes de los dos acusados riéndose en la cabina de los imputados dan la vuelta Italia. ¿Qué pensaba al mirarlos?

Fue difícil volver a mirarlos a la cara. Como padre, marido y abuelo de las víctimas tuve que ver las fotos de los cadáveres y que escuchar la reconstrucción de los hechos realizada por la policía científica de Parma. Pero mamá Lidia y yo rezamos todos los días por la conversión de sus corazones. Es verdad que además existe la justicia. Ellos deben pagar por lo que han hecho. No olvidemos que además de la justicia humana —que dice que es justa la condena a cadena perpetua—, existe una justicia divina. Y nosotros rezamos por su arrepentimiento, por el cambio de sus corazones. Estoy convencido de que donde abunda el dolor sobreabunda la gracia. Yo lo he visto en mi vida. Y por eso puedo decir —no penséis que estoy loco— que el dolor se convierte en alegría. No desesperación, sino alegría.

El Papa ha intervenido recientemente con dureza con respecto al escándalo de la pedofilia en la Iglesia. Otro gran ejemplo de perdón concedido y recibido...

Nuestro Papa... Creo que se trata de dos crímenes horribles. Quiero decir, lo que hicieron Rosy y Olindo y lo que han hecho ciertos curas. Pero el Papa ha sido verdaderamente un padre, ha perdonado y abrazado a todos, a las víctimas, pero también a los pecadores. Porque en esos casos, al igual que en el de Olindo y Rosa, ha habido una acción del diablo, y entonces es necesario volver a afirmar con fuerza el bien. Cada día.

Pietro y Beppe, sus hijos, ¿qué dicen de esta posición?

Digámoslo así: tienen treinta años menos que yo. No han perdonado. Pero me han asegurado que no sienten odio ni desean la venganza. Pero para ellos es difícil. Para mamá Lidia y para mí es distinto, en nuestra vida hemos tocado la muerte muchas veces. Yo perdí a mi madre con cinco meses a causa del fuego amigo de los ingleses. Mi padre se puso manos a la obra, volvió a casarse, levantó esta empresa increíble y yo he crecido bastante bien, ¿no cree? (ríe).

Usted demuestra que el perdón para uno mismo y para los demás siempre es posible. Y que incluso después de haber vivido un dolor tan grande, es posible seguir viviendo «con alegría», como decía antes...

Muchas personas se han quedado asombradas en estos años. Decían: «Ese tío tendría que desear vengarse, y sin embargo perdona...». Pero en esto yo no estoy solo. Están mis hijos, los nietos, un trabajo estupendo y muchos amigos. Ayer fui a la ordenación sacerdotal de uno de ellos, una vocación adulta. Estoy rodeado de personas maravillosas. Y la verdad es que para mí Paola, Raffaella y Youssef están presentes como antes. No de forma física, es cierto, sino en esa comunión de los santos de la que muchas veces había oído hablar. El dolor sigue estando, con frecuencia se me humedecen los ojos. Pero no he querido quedarme, no sé, con los zapatos del niño o con las cosas de Raffaella. No necesito un par de zapatos sobre los que llorar, ¿entiendes? Tampoco puse ninguna objeción cuando Azouz me pidió que fuesen enterrados en Túnez. No sirve de nada pelear, yo estoy seguro de que ellos están en cualquier caso en la casa del Padre Bueno, en el paraíso. Caminamos juntos hacia la meta. Pero mientras yo estoy aquí y no me he quedado con los brazos cruzados. ¿Sabe cuál era el salmo preferido de Paola? El número 83. «Bienaventurado quien encuentra en ti su fuerza y decide en su corazón su santo viaje...».